

ProBiota

FCNyM, UNLP

Serie Documentos n° 58

Héctor Oscar Díaz
Un técnico polifacético del Museo de La Plata y sus relatos

Eduardo P. Tonni y Hugo L. López



ISSN 1515-9329

2022

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.

Héctor Oscar Díaz, nació en La Plata en 1939 y murió en esa ciudad el 10 de noviembre de 2016. Fue técnico del Museo de La Plata durante más de 50 años. En 2003 la revista *Museo* de la Fundación Museo de La Plata “Francisco P. Moreno” le dedicó un artículo firmado por “LAI”, del cual extractamos los aspectos principales que dan cuenta de su polifacética personalidad.

“Como muchos otros ‘Anónimos colaboradores’, Héctor Díaz llega al Museo de La Plata en agosto de 1953, convocado por su tío Eduardo Díaz. Desde entonces y a lo largo de cincuenta años, ha plasmado una vida de aprendizaje y conocimiento que le ha valido el afecto y el reconocimiento de todos aquellos que compartieron su tarea...Inmediatamente, Héctor fue presentado a don Eduardo Vayo, Intendente del Museo. Tenía entonces sólo trece años. Al año siguiente, comienza a estudiar dibujo y pintura y a concurrir...al gabinete de ilustraciones a cargo de Carlos A. Tremouilles, con quien aprendería tareas técnicas primarias....A partir de 1966, el Dr. Eduardo Mario Cigliano, por entonces Jefe de la división Antropología, le propone formar parte de su equipo de trabajo para realizar tareas de campaña. Con la anuencia de Tremouilles, se incorpora al equipo de la División Antropología cuyo Jefe de Preparadores era Reynaldo De Santis y sus compañeros los técnicos Omar Molina y Roque Díaz...Desde 1979 se desempeña como miembro de la Carrera del Personal de Apoyo del CONICET...A partir de aquel primer viaje, realizado con el Dr. Eduardo Cigliano a la Isla Martín García, en 1966, se sucederían diversas campañas en la provincia de Salta, acompañando al antropólogo Néstor Palma...y luego nuevamente con Cigliano, participando en la excavación de la ciudad arqueológica de Santa Rosa de Tastil. Concluidas las investigaciones en Tastil viajaría, integrando el mismo equipo, a El Churcal, en los valles calchaquíes salteños... Ya desde 1990, Héctor Díaz incorpora la técnica del registro fílmico durante los viajes de campaña, con lo cual quedarán documentadas la mayoría de las tareas de campo realizadas para su posterior trabajo en gabinete. Así se registran en videos los viajes realizados a Monte Hermoso (Buenos Aires), Parque Iguazú (Misiones), Laguna Yema (Formosa), Charata (Chaco), Parque Lanin (Neuquén), y otros trabajos realizados en

Córdoba, Santiago del Estero, Catamarca, Tucumán y Salta...A partir de 1996 y hasta la actualidad, colabora en trabajos de campo en la localidad de Asampay, departamento de Belén, Catamarca y en las provincias de Chaco, Formosa y Salta. Héctor es, desde hace cincuenta años, otro representante de aquella generación de técnicos y preparadores que colaboran con esmero y conocimiento en la silenciosa tarea de ese museo invisible que nos proponemos rescatar desde estas sencillas páginas". (LAI, 2003. Anónimos colaboradores del Museo: Héctor Díaz. *Museo*, Fundación Museo de La Plata "Francisco P. Moreno", volumen 3, número17, pp. 85-88).

Un aspecto no mencionado en el artículo que sintetizamos, es aquel referido a la capacidad de Héctor Díaz para relatar en forma amena sus vivencias, tanto en su actividad cotidiana en el Museo de La Plata como en sus viajes de campaña. Algunos de esos relatos son los que compilamos a continuación.



Los relatos de Héctor Díaz

LOS CONSEJOS DEL PADRE LUCAS

¿Quién fue el Padre Lucas? El padre Lucas, fue un particular, que solo por una noche, fue cura.

Lucas, era un técnico especializado, de 60 años, que con Adolfo, y Pedro, realizábamos tareas de investigación geológicas en una de las provincias mineras del país. Su personalidad y su forma de ver la vida lo acercaban de alguna manera a la personalidad del padre Lucas.

Habitualmente nos aconsejaba en temas de la actividad y también en cosas de la vida, fundamentalmente llevarla ordenadas y sin desbordes. Si bien nunca lo bautizamos con ese apodo al tener la actitud de protector era evidente que en algún momento, lo íbamos así a bautizar.

Corrían los meses del invierno de 1978, tiempos difíciles e inciertos. Encabezados por Adolfo, licenciado en geología, con Pedro y el propio Lucas, que nos conocíamos dese hacia ya más de veinticinco años, en los cuales cosechamos una profunda y sincera amistad, donde nos dedicamos a la ubicación de minerales estratégicos.

Luego de conseguir ese trabajo, en pocos días preparamos el equipo de campaña y partimos en una cómoda camioneta F100, modelo 72, doble cabina. Debíamos realizar tareas exploratorias en una región cercana al nevado de Famatina, en la que no teníamos ninguna experiencia, ya que ninguno de los cuatro conocíamos la región.

Por la tarde llegamos a la ciudad capital de ese departamento y nos hospedamos en uno de los mejores hoteles, que por otra parte no eran ni muchos ni muy buenos. Luego de descansar un par de horas, nos prepararon para salir a cenar. Todos aparecimos vestidos con ropas apropiadas al frío, inclusive Lucas, pero este, que era alto, calvo y de buen porte, por debajo de un suéter negro, de escote circular, por donde asomaba el cuello de

una polera blanca, muy similar a los "alzacuellos", que usan los curas y como Lucas era un hombre circunspecto, de hablar parsimonioso, en ese momento lo bautizamos con el apodo de "padre Lucas", a quien no parecía molestar y daba toda la apariencia de haber adoptado esa personalidad eclesiástica con naturalidad.

Munidos con nuestras camperas de abrigo y aconsejados por el conserje, salimos en dirección de un restaurante-parrilla cercano al hotel. Donde consumimos chivito al horno con papas, acompañado con vino tinto regional y de postre paladeamos quesillos con duce de cayote. En las conversaciones, Lucas parecía que se había convertido en cura y era chanceado por nosotros. Luego de cenar, decidimos pasear por la ciudad y también por sus alrededores.

La noche era fría y despejada, recorrimos el centro, bordeamos la plaza central, pobremente iluminada, tomamos por una de las avenidas y lentamente nos alejamos de la ciudad. Cuando nos dimos cuenta que ya no había casas y decidimos regresar.

Adolfo, que en ese momento manejaba la camioneta, no encontraba un lugar propicio para realizar la maniobra de regreso, la ruta era angosta y no tenía una banquina apropiada. De pronto, a pesar de la oscuridad, se ve que a pocos metros, en forma perpendicular salía un camino de ripio e intentó, casi con brusquedad, girar para retornar, pero no lo logro, quedando el vehículo detenido en la cuneta y debido a la mala maniobra ahogado por el combustible. Varias veces intento arrancarlo, pero no lo logro. Lo más conveniente sería empujarlo, pero a pesar del esfuerzo de los cuatro, que por otra parte éramos muy robustos, no lo podíamos sacar de la cuneta para que tome velocidad y arranque.

Luego de serenarnos y conversar sobre la situación en que nos encontrábamos, advertimos que siguiendo el camino de tierra, en el que se malogro la camioneta, a unos cuatrocientos metros, en la oscuridad, se veía la luz de un tubo fluorescente. Sospechando que podrían tener teléfono y poder llamar a un auxilio del ACA, con Pedro, nos acercamos a la casa por la parte de atrás, al golpear las manos para llamar la atención, salió una señora, a la que vimos preocupada, dada esa inesperada situación.

—Buenas noches, que necesitan —nos preguntó con cortesía.

Para no alarmarla de inmediato le comentamos que se nos había descompuesto el vehículo, y que estábamos en compañía del padre Lucas, sin darle más información.

—Necesitaríamos un teléfono para llamar un auxilio —le explico Pedro.

—No, aquí no tenemos teléfono, y la cabina pública más cercana es el que está en la plaza del centro.

—Claro —le conteste— allí justamente está el ACA.

—Y de qué otra manera podemos ayudarlos, sobre todo si el padre está en la camioneta —nos pregunto.

Para entonces advertimos que desde una de las ventanas, al advertir que estábamos ablando con la señora, que luego supimos, la llamaban doña Carmen, cuatro o cinco mujeres jóvenes, se habían asomado, seguramente a curiosear.

—No nos quedaba otro recurso que caminar hasta la ciudad a buscar auxilio, ya que tratamos de empujar la camioneta, pero no pudimos hacerla arrancar —comento Pedro ya casi resignado.

—Y si las chicas los ayudan a empujar, tal vez arranque —ofreció la señora.

Antes de darle una respuesta, la mujer las llamó, diciéndoles que ayuden con la camioneta ya que están llevando al padre Lucas, hablando como si lo conocieran.

Las chicas, casi divertidas, aceptaron el pedido y salieron caminando y haciendo bromas en dirección del vehículo. Como para tener una gentiliza, les ofrecí, compartir una cerveza, por la actitud tan solidaria.

Cuando llegamos al vehículo, Pedro se encargó de presentales el padre Lucas, a las chicas. Este se bajó de la camioneta, asumiendo de inmediato ese papel para no desautorizarlo.

—No van a ayudar a empujar —explico Pedro— Adolfo dudo de que así pudiese arrancar, pero igualmente acepto y se pusieron manos a la obras. Con el primer empujón el vehículo salió de la cuneta, con él segundo y luego de unas contra explosiones la camioneta arranco y las chicas aplaudieron contentas por la maniobra, por supuesto los cuatro hombres vieron que con muy poco salieron del problema, dándole al vehículo, severas aceleradas para desahogarlo.

De regreso a la casa, les recordé el ofrecimiento de compartir una cerveza y las invité a ir hasta el centro. Una de ellas, la más decidida, comento que no era necesario ya que en la parte de delante de la casa existía un bar en el que podríamos cumplir el compromiso.

Cuando llegamos a la casa, Adolfo se quedó cerrando la camioneta, Lucas había desaparecido, doña Carme lo había invitado a pasar al interior. Cuando con Pedro bordeamos la casa y llegamos al bar vimos que era un salón amplio, con diez o doce mesas, un mostrador, tipo

barra, por detrás una repisa, adornadas con espejos y bebidas alcohólica.

En ese momento recién nos dimos cuenta, que ese lugar además de bar era un modesto pero simpático y clandestino prostíbulo.

De una puerta con elegantes cortinas salió a recibirnos doña Carmen, que se había cambiado de ropa. Y nos comentó que el padre Lucas estaba en un local reservado que tenía en el interior. Local que luego supimos era un sitio para visitantes especiales y que estaba acompañado por Marta una dama mayor que las que nos habían ayudado, rubia, alta, de aspecto televisivo que se encargó de ser la anfitriona del padre Lucas y para que éste estuviese alejado de posibles miradas indiscretas.

Mientras tanto en el salón habían aparecido las cervezas prometidas y comenzamos a beber y a conversar sobre temas diversos, pero divertidos. Cada uno de nosotros tratábamos de ignorar que estaban en un prostíbulo y las conversaciones rondaban sobre temas generales, que podían ser echas en cualquier otro lugar. Una media hora después Lucas reaparecen en escena en compañía de la dama, como el padre Lucas y sabiendo que estaba en un prostíbulo. Se sentó en la mesa con nosotros y el resto de las chicas. A pesar de que éstas estaban un poco perturbadas, por la presencia del cura, en ningún momento demostraron que esa situación fuese inédita, llegando a suponer que podría ser habitual la presencia de esos religiosos en el prostíbulo, las chicas, lo rodearon y le realizaron preguntas con un sentido bien claro de cura.

Lucas que como dijimos al principio gustaba de tener una personalidad de protector y consejero, comenzó de alguna manera a tratar de cambiar la situación de las

mujeres. Aconsejándoles que piensen si no sería mejor que trabajaran en otra actividad.

—No padre esta actividad es muy buena, nos divierte mucho y ganamos bien.

—bueno chicas, pero podrían trabajar en el servicio doméstico.

—No acá el servicio doméstico paga muy poco y no vale la pena.

—Lo que les conviene es tener una cuenta de ahorro para dedicarse a alguna otra actividad.

—Es lo que yo pienso hacer contesto Marta, quisiera tener un negocio de venta de ropa en Córdoba.

— ¿Y ustedes? —Preguntó Lucas— a las otras chicas.

—No padre, a nosotras nos gusta la joda, por ahora nos divertimos, más adelante veremos que hacemos.

—Podrían estudiar enfermería que pagan bien.

—insistía Lucas.

—No. Esa es una actividad muy fea, ésta es mucho más linda —le reprocharon al padre Lucas.

Así siguieron las conversaciones, las chicas le explicaban a Lucas que su situación, no era tan mortificante como se podría suponer. Y mientras tanto, como cura, Lucas intentaba explicarles a las "pupilas", que podrían dedicarse a alguna actividad, de alguna manera, más digna. Cosa que las chicas no admitían.

Además, doña Carmen, le explicaba al padre Lucas, que las chicas podrían trabajar de otra cosa, pero que mientras tanto, esa era una buena actividad y que además todos la pasaban bien.

Un poco después comenzaron a entrar al salón los verdaderos clientes del lugar, estos eran hombres que se dedicaban a la minería, en sus escalones más bajos. Sabiendo que estos eran clientes con dinero, las chicas nos despidieron, invitándonos para el día siguiente a horas más temprana, antes que llegaran los mineros.



Héctor Díaz con integrantes de la comunidad wichi "El Quebracho", Formosa, 2011

UN TUBO DE CARTÓN “3M” (O “EL TREN DE LOS CONTRABANDISTAS”)

Era el invierno de 1985, con Carlos y Horacio recorríamos los negocios de la calle Palma, una arteria comercial del centro de la ciudad de Asunción, República del Paraguay. Comparábamos los precios y la calidad de los productos electrónicos expuestos en las vidrieras. Nos tomábamos ese trabajo aunque seguramente no compraríamos nada.

Horacio siempre era el que entraba primero, un poco más atrás Carlos y yo. Rápidamente las atentas vendedoras nos abordaban con la idea de que seríamos compradores.

-Me alcanza ese reloj, por favor señorita- solicitaba Horacio, con tono de comprador compulsivo.

La vendedora convencida de que tenía un cliente, se esmeraba en la atención. Luego de consultarnos a nosotros, como supuestos expertos, Horacio pedía nuevas mercaderías. Para entonces todas las vendedoras libres se arremolinaban sugiriéndonos distintas ofertas: desde mini componentes, sofisticadas cámaras fotográficas hasta perfumes extravagantes y desde lencería erótica a llamativos preservativos musicales. Nada nos convencía y prometiendo que regresaríamos a concretar una compra, salíamos en busca de otro negocio despedidos gentilmente por las vendedoras.

La idea era estar en Asunción unos días hasta conseguir la información necesaria para poder viajar hasta Corumbá, una importante ciudad del Estado de Mato Grosso do Sul, en Brasil. Allí teníamos planeado, no sólo conocer el Gran Pantanal, un Santuario Ecológico Mundial, sino también contactarnos con científicos de la universidad estatal para planificar futuros proyectos de investigación. Donde Carlos, se dedicaba al estudio de animales venenosos y Horacio a las de antiguas culturas sudamericanas.

Luego de curiosear varios negocios, de iguales características, y mientras regresábamos al hotel, íbamos resolviendo dónde podíamos cenar las exquisitas sopas de pescado. En eso estábamos cuando en la vereda y contra un árbol, vimos varias cajas vacías de distintos tamaños, todas desechadas por los comercios ya que ninguna servía para nada. Salvo un tubo de cartón de un metro diez de largo por doce centímetros de diámetro, en perfecto estado. Era el envase de los rollos de papeles de dibujo de la marca 3M, con su tapa.

-Mirá, sirve para llevar los mapas.- dijo Horacio señalándolo. Mapas que en esos momentos no teníamos y que sería para utilizarlo en futuros viajes. Y luego de echarle un vistazo con curiosidad, cargamos con él.

A la mañana siguiente nos comunicaron que deberíamos estar preparados para volar en cualquier momento ya que un avión militar turbo hélice, de veinte plazas, nos llevaría hasta Bahía Negra, una población cercana a la frontera paraguaya-brasilera. Pero todo dependería de que el mal tiempo en esa región mejorase.

Pasado el mediodía estábamos terminando de preparar el equipaje, cuando recibimos el llamado telefónico que nos informó que en una hora teníamos que embarcar. De inmediato, Carlos fue hasta la portería para saldar la cuenta del hospedaje. Con Horacio salíamos del Hotel llevando los bolsos en busca de un Taxi y escuchamos que la mucama nos llamaba.
-Señor, señor, usted se esta dejando este tubo-

En media hora estábamos en la pista caminando en dirección a la nave. Un empleado nos tomó los bolsos para depositarlos en la bodega del avión y nos aconsejó que el tubo -- vacío -, lo lleváramos nosotros. Cuando estábamos acomodándonos en los asientos, la azafata, nos pidió el tubo de cartón para ponerlo en un lugar más seguro. Minutos después, con el pasaje casi completo, la máquina volaba tranquilamente en dirección norte, no muy alto, siguiendo la línea zigzagueante del Río Paraguay.

El vuelo fue perfecto y fuimos haciendo escalas en las ciudades de San Pedro, Concepción, Pedro Juan Caballero y Fuerte Olimpo. En cada una de ellas bajaron y subieron algunos pasajeros, que se hablaban y saludaban como vecinos del barrio. En la última escala, salvo nosotros tres, todos descendieron. La azafata, que durante todo el vuelo nos atendió con gran simpatía, nos preguntó, cuál era finalmente nuestro destino.

-Bahía Negra- le dijo Horacio con total naturalidad, como si ese lugar fuese como cualquier otro.

-¿A Bahía Negra?- exclamó la chica totalmente sorprendida.

-¿Qué van a hacer en Bahía Negra?.

-Este vuelo no llega a ese lugar y menos cuando está lloviendo... y esa pista que es de tierra debe estar totalmente embarrada- nos alertó.

-¡Pero por qué no nos dieron esa información en Asunción!- dijo Carlos indignado.

-Bueno, voy a consultar con los pilotos.- nos dijo la chica, atenta pero muy preocupada.

Un rato después reapareció sonriente.

-Parece que la pista está en condiciones para bajar. Pónganse los cinturones que trataremos de llevarlos.-

En el tiempo de vuelo estipulado la máquina comenzó la maniobra para descenso. Era increíble que los pilotos decidieran bajar con la pista en ese estado. El barro que no había secado hacía que el avión patinara de un lado a otro finalmente se detuvo de costado y nosotros recuperándonos del momento vivido, bajamos de la nave.

Uno de los pilotos descendió para alcanzarnos los bolsos y para saludarnos. También descendió la azafata que con mucho cuidado nos traía el tubo de cartón, que ya ninguno de nosotros, luego de ese tenso aterrizaje, recordaba. Pero además para preguntarnos, todavía intrigada, que hacíamos en ese lugar. Horacio le contó nuestra actividad, como para que su curiosidad quedara satisfecha, resaltando la tarea que Carlos realiza capturando serpientes; la joven sorprendida y preocupada nos deseó, al igual que el piloto, suerte y una buena estadía.

Esperamos que el turbo hélice despegara, antes que camináramos para donde se veían las primeras y humildes casas, un oficial aduanero nos dio algo parecido a una entrada precaria a ese lugar. Lugar que parecía que no vivía nadie hasta que se nos acercó un lugareño para ofrecernos alguna ayuda.

-Queremos llegar a Curumbá- le pidió Horacio.

-Desde aquí no se puede- respondió convencido el joven.

-En Asunción nos informaron que aquí siempre hay gente que viaja al Brasil por el río-

-Sí, pero hoy no hay nadie, tal vez mañana ... yo les avisaría.

-Y ahora dónde podemos hospedarnos y comer algo- le preguntó Carlos.

-Acá cerca hay un el hotel, yo los acompaño- se ofreció muy atento.

Por una vereda barrosa llegamos al supuesto hotel.

-¿Ése es el hotel? - comentó Carlos alarmado.

-¡Es lo único que hay!-

-¿Qué te crees? ¡Que estamos en el Caribe! ¡Esto es el "chaco"!

Jocosamente le respondió Horacio.

-Podría haber algo mejor- ofuscado, balbuceó Carlos.

Cuando la dueña nos vio, salió para ofrecernos, atentamente, sus comodidades. Carlos tenía razón, pero el lugareño ya nos había advertido: era el único.

Rápidamente arreglamos las condiciones y mientras la señora nos preparaba la cena, acomodamos los bolsos y salimos a caminar por el lugar.

-Con razón ustedes orinaron en los árboles de la calle- dijo Carlos *-yo fui al baño del fondo, es un asco-*.

Por la mañana nos encontramos con los hombres que posiblemente nos llevarían al Brasil. Después de barajar un par de variantes se resolvió salir a las dos de la madrugada del día siguiente; en una pequeña embarcación, sin aclararnos convenientemente el recorrido. Ese horario era el que nos permitiría llegar a territorio brasilero a una hora adecuada; pero el motivo principal era que finalmente deberíamos salir del territorio disimuladamente, ya que no tendríamos el permiso adecuado del oficial aduanero, que nos atendiera cuando llegamos y que nunca creyó en la

veracidad de nuestras actividades; ya que para salir nos quería cobrar una especie de multa gravosa, pero sin ningún tipo de documentación.

Efectivamente a la hora concertada Ramón, que previamente acomodó nuestro equipaje, dándole más importancia al tubo de cartón que lo guardó en una gaveta, pone en marcha el motor; y en total oscuridad partimos por un riachuelo. Este a medida que avanzábamos se fue estrechando; a las dos horas y media, parecía imposible seguir navegando. Los camalotes y ramas de los árboles taponaban el paso. Lucho, el otro tripulante armado con un machete, trataba abrir el camino. Nosotros, con nuestras manos, colaborábamos como podíamos.

-¿Por qué se metieron por aquí?- reprochó Carlos muy preocupado.

- Porque por aquí nos ahorramos muchas horas de navegación, y antes de mañana a la noche podemos llegar a Porto Esperanza- le aclaró Ramón. La explicación era lógica, pero el momento era preocupante.

Al amanecer, salimos del riacho y entramos al cauce principal del Río Paraguay, ya en territorio brasilero, donde Ramón puso a su embarcación a “toda maquina”.

A media mañana comenzamos a escuchar unas detonaciones que parecían bombas de estruendo de algún festejo. Seguíamos navegando sin inconveniente hasta que desde el centro del río vimos venir a gran velocidad un bote de aluminio tripulado por dos guardias marinas brasileros

Desde lejos, nos hacían señas para que nos detuviéramos. Ramón, preocupado, ya que nuestro viaje era totalmente clandestino, con una rápida maniobra se recostó sobre la orilla con más follaje.

-¡Stop!- gritó el marinero, que aunque no nos apuntaba, estaba armado

-¡ Stop ; ñao pode passar- advirtió otra vez con tono muy severo, en un portugués perfectamente entendible.

-¿Por qué? ¿Qué pasa?- preguntó Ramón, exagerando su habla guaraní y dando a entender con su tono de inocente que no estábamos preocupados por su llegada.

No pueden pasar por una hora, nos explico, el río estará cortado porque los barcos de guerra están realizando maniobras de cañoneo. Y los blancos estaban, precisamente, en el lugar al que nosotros nos dirigíamos directamente.

Sobre nuestra condición de viajeros irregulares, ni siquiera nos preguntaron, aliviando la situación de Ramón y de Lucho. Con los brasileros conversamos animadamente un buen rato, siendo el fútbol el único tema, y hasta que de un teléfono de campaña recibieron un mensaje. Habían finalizadas las maniobras y podíamos seguir navegando.

Pasamos todo el día soportando un fuerte sol y casi de noche llegamos a Porto Esperanza. A la madrugada siguiente, siguiendo los consejos de los marinos brasileiros, subimos a un tren, que proveniente de “São Pablo”, nos dejó, esa misma tarde, en “Curumbá”.

Visitamos a los investigadores de la universidad, recorrimos varios sitios del Gran Pantanal y finalmente, cuando ya consideramos que nuestra tarea estaba concluida, cruzamos la frontera y llegamos hasta Puerto Suárez, una localidad boliviana, desde donde salía un tren hasta Santa Cruz de la Sierra; popularmente conocido como **“el tren de los contrabandistas”**.

En un tinglado de chapa, a modo de boletería conseguir los pasajes fue toda una epopeya, que incluyó empujones, risas, discusiones y enojos. Bajo ese tinglado estaban depositadas grandes cantidades de mercadería; cajas de todos los tamaños, heladeras, cocinas, televisores y otros electrodomésticos que llegaron de contrabando, en el tren brasileiro.

Cuando escuchamos el silbato del tren, levantamos los bolsos y también el tubo 3M, que no nos abandonó durante todo el trayecto. Tuvimos que esperar a que subieran los pasajeros y también a que cargaran y acomodaran todas las cajas, operación que tardó bastante debido a la falta de prolijidad y a la gran cantidad de bultos.

La estación estaba colmada además de pasajeros por vendedores ambulantes. Uno de ellos insistió en que le compráramos unas naranjas, que a simple vista se veían sabrosas. Las dos docenas que nos entregaron estaban en una débil bolsa de nylon que no ofrecía garantía de resistencia, por lo tanto decidimos darle por primera vez utilidad al tubo de cartón.

Nos acomodamos en el vagón y vimos cómo terminaban de estibar las cargas: en los porta equipajes, en el pasillo y por todos lados. Con gran esfuerzo logramos colocar nuestros bolsos en un pequeño espacio donde, además, apenas entro el tubo lleno de naranjas. Antes de que partiéramos, Carlos ya había hecho amistad con varias de las pasajeras, utilizando la simple técnica de convidarles caramelos. Todas ellas eran conocidas como “paseras” o simplemente, dicho por ellas mismas, “contrabandistas”. Compraban la mercadería en São Pablo, a precios muy convenientes y los vendían en Santa Cruz, teniendo importantes ganancias. Ellas también comentaban que los empleados de la aduana, en las estaciones intermedias, pasarían a cobrar “el impuesto”.

Por la tarde, el tren estaba en marcha y antes de la noche llegamos a “Tucavaca”, la primera estación a poco más de veinte kilómetros. Allí entraron cinco personajes, que si no fuera porque no estaban armados (al menos en forma visible), no tenían las caras tapadas y además los pasajeros no se alarmaron; los hubiésemos confundido con los famosos asaltantes de trenes de las películas del Far West.

Uno de ellos, el más torvo, llevaba en las manos una bolsa de plástico negro, similar a las de recolección de residuos.

-¿*De quién es esto?*- dijo amenazante, señalando una de las primeras cajas.

-*Mía*- respondió una de las señoras. Él de la bolsa se acercó y la mujer tuvo que poner en ella una pequeña cantidad de dinero.

-¿*Y esta otra?*

-*Esa es mía*- y la mujer también tuvo que poner su plata.

Así los supuestos empleados de aduana fueron extrañamente cobrando “los impuestos”. Cuando llegaron a nuestros bolsos, señalándolos, hicieron la misma pregunta, Horacio con un gesto algo desganado, explico sin palabras que eran nuestros.

-¿*Y este otro?* Pregunto, con cierto fastidio, señalando solamente al tubo de cartón.

-*Nuestro*- respondió Carlos con tono severo.

-¿*Qué llevan?*- preguntó ofuscado, pensando seguramente en algún contrabando ya que la marca 3M del tubo era factible.

-¡*Naranjas!*- señaló Carlos con un acento del que cualquiera hubiese dudado.

La insólita contestación sorprendió a los inspectores, que no se animaron a mirar si era cierto. Cuando los “cobradores” abandonaron el vagón, las señoras, que no sabían el contenido del tubo, estallaron en risas por entender que lo de las naranjas era solo un engaño.

Sin ponernos de acuerdo en la broma de las naranjas, decidimos mantener la incógnita. El viaje siguió sin inconveniente varias horas más.

La amistad con las pasajeras se incrementó y fuimos los que más amenizamos, con las historias de nuestras respectivas actividades, las horas del tedioso viaje; al mismo tiempo todas ellas muy atentas nos convidaron con partes de sus viandas. Y así, pasada la media noche, llegamos a la siguiente parada: estación Robore. Donde como una repetición se dio exactamente la misma situación, cinco hombres distintos pero de aspecto similar, realizaron una igual operación. A cada pregunta, y respuesta los pasajeros ponían su pago.

-¿*Y eso?*- señalando finalmente el tubo.

-*Eso es nuestro y está lleno de naranjas.* - dijo Carlos, cuando le preguntaron por el contenido.

Los pasajeros que habían escuchado esa respuesta la primera vez, ahora estaban atentos al desenlace. Los inspectores, una vez más, se fueron sin ratificar nuestro dicho, provocando otro momento jocoso. Sin ninguna duda, todos estaban esperando llegar a la estación San José de Chiquitos. Ni bien el tren se detuvo, entraron los recaudadores. Los pasajeros, como en las anteriores estaciones, pagaban se “impuesto” y esperaban el

resultado de la respuesta: Naranjas. Los hombres se retiraban y los pasajeros se reían.

Algunas horas más tarde, advertimos que estamos arribando a la estación: “El Cerro”. Todo se desarrolló de igual manera que en las anteriores paradas. Cinco nuevos inspectores, pero esta vez acompañados de dos uniformado, con armas a la vista, recorrían el vagón. La actitud de este grupo fue notablemente más agresiva que las anteriores, gritaban y daban órdenes con más excitación. Los pasajeros, tal vez acostumbrados, no cambiaron su actitud para con ellos; pero estaban esperando un final distinto, y casi todos parados nos observaban nuevamente.

¡Naranjas!- dijo Carlos con voz de actor. Ante la agresividad de la pregunta. Pero está vez no quedaron satisfechos.

-¡Ábranlo!- pidieron en forma autoritaria.

Los pasajeros enmudecieron, pensando que en el tubo de cartón debería existir algún objeto comprometedor para nosotros.

Carlos, mirándonos a nosotros, a las señoras y a los de la aduana con aire de suficiencia empezó a sacar lentamente la tapa de tubo. Todos estaban en silencio, mirando lo que creían, sería un gravísimo problema. Finalmente la tapas salto y cayeron todas las naranjas, que se desparramaron por el suelo del vagón, produciendo en el pasaje un estruendo de aplausos y risas que distendieron la situación.

Si bien esa broma sin preparar, termino con buen humor, en esos confines uno se expone a las malas interpretaciones y el final puede ser otro. Lo que si estamos seguros es que tanto los inspectores y como también las “paseras” deben aun tener dudas sobre el porque de contrabandear naranjas en un tubo de cartón 3M.

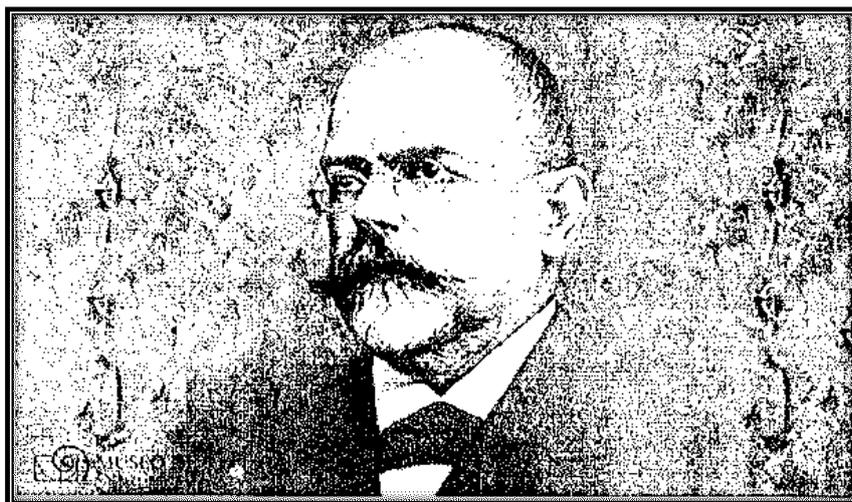


Sitio arqueológico Cardón Mocho, valle de Hualfín. Catamarca. De izquierda a derecha, Carlota Sempé, Díaz, Horacio Calandra y Susana Salceda

Para conmemorar el centenario de la fundación del Museo de La Plata, se tomó como fecha adecuada la del 17 de octubre de 1977, que correspondía a los cien años de la fundación del “**Museo de Antropología y Arqueología**”, en la ciudad de Buenos Aires. Que diez años después dio origen al **Museo de La Plata**. Ambos museos fueron fundados por Francisco Pascasio Moreno, conocido como “**Pancho**” entre sus familiares y amigos; como “**el Perito**” en la vida pública, y como **don Pascasio** por los empleados del museo.



El acontecimiento que en este relato citaremos, es el que tuvo como protagonista principal a Martín Emérico Galván, Técnico Preparador de la División Zoología Vertebrados del Museo de La Plata.



Francisco P. Moreno

El 16 de octubre de 1977 a las 16.30 hs, Galván fue sorprendido -según el mismo recuerda- por dos integrantes de la **“Comisión de Homenaje al Centenario del Museo de La Plata”**. Ellos le solicitaron que dirigiera unas palabras en el momento de ser descubierta una placa, en homenaje al fundador de la institución, Perito Francisco Pascasio Moreno por parte del Club de Empleados del Museo. El acto se realizaría al día siguiente, en el primer piso del hall interno.

Ese pedido le produjo a Galván una gran confusión. El momento fue tan intenso, que ni siquiera atinó a buscar un argumento valedero para negarse rotundamente; como él hubiese deseado. Ni siquiera pudo utilizar el hecho de que le quedaban pocas horas porque el acto se realizaría al día siguiente al medio día. A Galván le quedaban escasas horas para intentar armar un discurso más o menos digno. Discurso que él sabía, le sería muy difícil redactar.



Martín Emérico Galván ingreso al museo en 1942, como técnico ayudante, cuando había cumplido 20 años. Ya desde entonces se lo consideraba como un hombre rudo, áspero si se nos permite el término, de contextura robusta; arrastraba el apodo, seguramente bien merecido, de **“el Tosco”** con que sus amigos lo bautizaron.

Él estaba, en todo momento de su vida y bajo cualquier circunstancia, orgulloso de su apodo. Era un hombre amante de los deportes violentos como el rugby, water polo y lucha libre.¹

¹ *Lucha libre conocida como “cachacaskan”. En esta última disciplina se recuerda el famoso combate que tuvo lugar en el estadio del Club de Estudiantes de La Plata, cuando, ya con el pseudónimo del Tosco, enfrento desafío público mediante al novel pero fogoso kachert, Martín Karadagian. Que integraba la famosa Trompee de luchadores del hombre montaña, antecesor del famoso programa de televisión Titanes en el Rin.*

Estas actividades deportivas y la dura vida que él llevaba como técnico en los trabajos de campo en zonas inhóspitas, demostraba forzosamente su escasa preparación literaria.



Martín Galván preparando su equipo de trabajo en la costa del Río Paraná en las inmediaciones del Río Santa Lucía

Ni él mismo sabe cómo pudo redactar lo que escribió, recuerda que llegó a su casa en horas de la noche y que se sentó frente a su máquina de escribir, desorientado y presa de una rara sensación apretó la primera tecla.

Al día siguiente, 17 de octubre, los participantes fueron tomando ubicación en el lugar preparado para el acto. Se trataba de autoridades, docentes, investigadores y personal en general. Estaban también la mayoría de los integrantes de la Comisión de Homenaje y la Comisión Directiva del Club Empleados del Museo, además de socios, amigos y compañeros del **Tosco** de toda la vida.

A pesar del estudio y previa preparación de las acciones, el combate fue duro, encarnizado y sumamente violento. Donde se provocaron mutuas e importantes lesiones, pero a pesar de su valentía y su arrojo, el Tosco tuvo que ser auxiliado e internado por la rotura de un par de costillas que le impidió continuar la violenta lucha.

Unos minutos después del mediodía, la señorita Marta Beatriz Piñeiro, Secretaria de Actas, elegantemente vestida, informaba que a continuación el Sr. Martín Emérico Galván, jefe de preparadores, previo al acto de descubrir una placa conmemorativa, dirigiría unas palabras alusivas.

Galván, el *Tosco*, salió de entre la gente con aparente tranquilidad y gallardo porte; extrajo una esquila del bolsillo de su impecable saco blanco, se colocó los anteojos para leer y miró, como sobrando el momento, por arriba de ellos.



A la izquierda Martín Galván, el “Tosco”, junto a Raúl Arámburu, previo a un viaje a la Antártida. Década de 1950.

Un extraño silencio y una rara sensación comenzó a rodear el acto. En ese momento, seguramente, algunos integrantes de la comisión de homenaje, pensaron que había sido un error, elegir a Galván como orador.

Segundos después, comenzó su discurso saludando a las autoridades y a los presentes. Si bien no titubeó al leer estas primeras líneas, en su frente se notaban pequeñas gotas de transpiración que lo acusaban de un cierto nerviosismo. Sus palabras reivindicaban el trabajo de todo el personal, en especial el de los técnicos.

Lentamente fue entrando en la parte más sensible primero al evocar a algunos de sus amigos fallecidos. La transpiración ya mojaba todo su rostro y su voz comenzó a carraspear.

—Recuerdo a todos aquellos —continuó Galván— Que con su dedicación y esfuerzo permitieron que este museo exista, recuerdo a los que con valor, inteligencia y energía, fueron el motor de la institución.

Las palabras se le trababan en la garganta y ya transpiraba copiosamente, su impecable saco blanco y el papel que leía se fueron humedeciendo. En ese momento los presentes se encontraban en un silencio casi sepulcral, con los ojos humedecidos, la garganta seca y atada por el nudo que provocan las emociones fuertes.

Fueron palabras simples las que pronunció Galván, pero habían ocasionado un clima de extraño desconcierto y singular emoción.

—Son los espíritus, que yo veo deambulando por salas, pasillos y laboratorios, se me presenta el recuerdo de todos ellos que caminan por las salas preparando las vitrinas.

Las gotas que inútilmente secaba de su cara, caían sobre el papel, que aunque húmedo seguía leyendo.

—Desde las oficinas, depósitos y talleres, los veo trabajando y los escucho contando historias. —las

palabras apenas se le entendían, se oían quebradas. Las grandes gotas que cayeron en el papel, lo fueron rompiendo. Respiraba hondo, buscando el aire que le faltaba.

Sin mirar la esquila ni a nosotros pronunció el nombre de dos o tres personas que casi nadie alcanzó a escuchar y nuevamente el silencio contribuía a ahondar ese clima.

Las lágrimas rodaban por los rostros de todos los presentes, con los ojos enrojecidos creíamos observar una bruma que cubría el lugar. La escasa luz que penetraba por el lucernario, poco a poco desaparecía.

No se podía esperar un momento más conmovedor y extraño, tampoco nadie hubiese imaginado que el alegre y simple **Tosco** Galván, fuese capaz de producir semejante estado de emoción. Un personaje recio, ahora quebrado y el lazo que aprisionaba sus palabras, anudó la garganta de todos.

Sin ninguna explicación posible, la sala se cubrió con una espesa y dudosa bruma. Era una niebla similar a la que produce el hielo seco. A su vez, se comenzaba a percibir un suave olor a formol y naftalina.

No sabemos cómo pudo seguir leyendo, a oscuras, con los ojos enrojecidos, los lentes empañados y el papel mojado. Así y todo continuó:

—Veo trabajar con sus cajas de insectos, a don Luis

Durione *—presente—* se escuchó como en un susurro, una palabra que nadie interpreto y que salía de un lugar indeterminado. Con un esfuerzo más adecuado a su físico, Galván continuó,

—A don Ernesto Echavarría *—presente—* **y a su amigo de toda la vida, Emilio Risse,** *—presente—* se escucha nuevamente, **con lo animales embalsamados.**

— **A Lorenzo Parodi y Antonio Castro los veo
trabajando con los fósiles** —*presente... presente.*
—**Amasando barro al escultor, el querido Tano Virgilio**
— *presente*— Se escuchó un poco más fuerte.

Con Omar Molina, Roque Díaz, Héctor Goretta, *Titito*
Guillaume, *Chuchi* Tremouilles, los hermanos, Néstor y Oscar
Combiar, Carlos de Paola, Reynaldo de Santis, Luis Ferreira,
Iliana Castro, Norma Vasquez, *Normita* Ferrini y *Beba* Andrioli
en representación de las chicas de la biblioteca, mirábamos lo
que estaba ocurriendo sin dar crédito a este fenómeno.
—**Augusto Lanussol** — continuaba Galván, y nuevamente
se escuchó el increíble "*presente*".

Después de cada nombre dicho en voz alta, dejaba un
silencio y en él se seguía escuchando esa voz, siempre distinta
e incomprensible que surgía de ningún lado, que todos
escuchábamos pero no comprendíamos.

El sol, que al comenzar el acto, iluminaba el lugar, ya no
lo hacía, como si hubiese llegado la noche, contribuyendo de
esa manera al desconcierto.

—**Pedro Goretta**, —*presente*— que emocionó
a su hijo Héctor que estaba con nosotros.

—**Baltazar San Andres**, —*presente*.

—**Avelino Granzelli**, —*presente*.

—**Cayetano Zucarelli**, —*presente*.

—**Angel Derrico**, —*presente*.

—**Antonio Iustini**, —*presente*.

—**Jose Parcero**, —*presente*.

—**Vicente de Santis**, —*presente*.

Todos estábamos confundidos e hipnotizados, sintiendo la sensación de que ese lugar se estaba llenando de gente. Galván, el **Tosco**, que no era conocido por transmitir emociones sensibles, continuaba pasando lista del personal ya fallecido.

—Francisco Chichi, —p r e s e n t e.

—Juan Durione, —p r e s e n t e.

—Bernardo Eugui, —p r e s e n t e.

Sorpresivamente cada vez se escuchaba más nítidamente. Galván ya no leía el papel que estaba destruido en sus manos.

—Alberte Merkle, —hier bin ich.

—Cayetano Lo Bruto, —SONO CUA.

—Hípolito Tremouilles, —p r e s e n t.

—Octavio Fernández, —ape aime.

Ya no era un acto protocolar, no se entendía lo que ocurría. Estábamos en presencia de algo irreal e incomprensible. El **Tosco** sin sus anteojos seguía leyendo su lista.

—Emilio Granzelli, —p r e s e n t e.

—Pedro Boffa, —p r e s e n t e.

—Maximinio de Barrios, —p r e s e n t e.

—Santiago Pozzi, —p r e s e n t e.

La emoción arañaba las gargantas y enrojecían los ojos de todos. Al comenzar el acto no éramos más de 25 o 30

personas. Cómo es que de repente estábamos todos apretados, con más de 100 personas, si no había llegado nadie más.

Desde que Galván comenzó su discurso, el suave olor a **formol** y a **naftalina**, que fue invadiendo todo el recinto, se incrementó, pero nadie se sorprendía ya que **ese olor es parte inseparable de la vida de los trabajadores del Museo de La Plata.**

A Galván, los nombres se le amontonaban en su boca y cada vez los pronunciaba más fuerte. Y también más fuerte se escuchaba como respuesta el **“presente”**. Se trataba de una larga lista de nombres y de “presentes”.

De pronto la puerta que daba al fondo se abrió bruscamente. En ese impresionante silencio, todos miramos a ese lugar. La figura de una persona baja de contextura robusta, con traje oscuro y botas patrias, con firmeza, gritó en voz alta:

— ¡P R E S E N T E!

Aquí estoy yo.

— ¡Ud. Don PASCACIO...!



En el artículo siguiente, Héctor Díaz rescata a un misterioso personaje del Museo, la ilustradora alemana Margarethe von Bülow. No poseemos datos que den cuenta de este personaje; incluso su nombre coincide curiosamente con el de la escritora alemana Margarethe von Bülow (1860-1884), hija del diplomático Hugo Freiherr von Bülow.

MARGARETHE VON BÜLOW. LA ESPÍA NAZI. ILUSTRADORA DEL MUSEO DE LA PLATA

En el invierno de 1938, Enrique Castro que, desde su ingreso a la institución, atendía la portería del museo. Se sorprende cuando ve que de un “Coches de Plaza”, desciende una extraña mujer. Esos vehículos, generalmente transportaban pasajeros que, desde Buenos Aires, llegaban a la estación La Plata, del Ferrocarril Sud.

La mujer que aparentaba tener alrededor de cuarenta y cinco años, era de mediana estatura, realzada por calzar zapatos robustos de tacones altos; que al caminar como marchando, sonaban militarmente. Estaba vestida con un “traje sastre”, color gris oscuro, de pollera y chaqueta larga y un sombrero, similar a los de hombres, adornado con una pequeña pluma; muy de moda en la Europa de las primeras décadas del siglo XX. Del hombro le colgaba una gran cartera de cuero, que aparentaba ser pesada.

Por entonces no era común que una mujer fuese sola a visitar un museo, o a cualquier parte y menos viajar en un coche de esos. Al subir la escalera principal, nada le quedaba elegante,

se la veía caminar sin ninguna gracia, poco femenina y de pasos fuertes que demostraban un vigoroso carácter.

El intendente, señor Eduardo Vayo, que había sido nombrado en ese cargo recientemente, fue alertado por el portero, al estimar, por su aspecto y actitud, esa mujer no podría ser una visita común y salió a recibirla.

Efectivamente, con un español muy mal hablado y fuerte pronunciación alemana, se presentó como la señora Margarethe Von Bülow y solicitó entrevistar al Dr. Joaquín Frenguelli, director del museo. Como en ese momento estaba ocupado, ya que ese era el horario de sus clases, Vayo, se vio obligado a explicarle que solamente la podría recibir el señor Arturo Tribiño, secretario de museo. Con aire de contrariedad la mujer se deja guiar por don Eduardo, hasta la oficina del funcionario en la planta alta.

Poco después, ya desocupado, el propio Frenguelli es el que la atiende, demostrando gran interés en conversar con ella; como si la hubiese estado esperando. Luego de un par de horas de amable conversación y en donde el ordenanza, José Parsero, la agasajo sirviéndole café y una copa de coñac, bebida que por entonces se les convidaba a las visitas especiales.

A la hora que el museo estaba cerrando sus puertas al público, la extraña mujer se retiró. Siempre con su cartera de cuero colgando del hombro. Utilizando, esta vez, el coche de plaza que conducía el señor Ángel López. Se hizo llevar hasta la estación del ferrocarril, dando a entender que estaría alojada en la Capital federal.

Ese coche era utilizado diariamente por Frenguelli, para llegar al museo y regresar a su domicilio de la calle 51, entre 10 y 11. Don Ángel, el cochero, cumplía una guardia frente al edificio del museo y era utilizado por autoridades, profesores, empleados o pasajeros comunes, que visitaban el museo.

La mujer, que tuvo un comportamiento desusado y extravagante, fue recordada también por su escasa belleza y movimientos agresivos, quedando así instalada en el recuerdo colectivo de los empleados del museo.

Siguiendo instrucciones del director, el señor Tribiño ordena a varios operarios dejar en condiciones un lugar que por entonces se usaba como depósito de pinturas. Entre otras cosas le armaron una vieja mesa de dibujo, de la época que la escuela de Bellas Artes tenía su lugar en el museo. Cuando días después, la señora Von Bülow, regresa, el gabinete estaba en condiciones de ser usado, y es el mismo Tribiño el que le muestra el lugar para que ella trabaje.

Margarita (por traducción) o *Fon Bilo*, como también se la mencionaba, extraña y reservada comenzó su tarea. Se supone que nació en Alemania a finales del siglo XIX, ignorándose totalmente otros datos, como fecha de llegada a la Argentina, familias o amistades. De estas, solamente se supo que mantuvo cierto grado de afecto con el escultor Leonardo Virgilio y que estuvo relacionada con su compatriota y vecino, el geólogo Walther Schiller, profesor e investigador del museo.

La Bonbulo estaba radicada en una casa deslucida y que aparentaba sufrir cierto grado de abandono. Vivía acompañada de perros descuidados y gatos famélicos, que no desentonaban con

el ambiente. A poca distancia vivía el profesor Schiller, en su residencia del diagonal 113, entre 60 y 61.

Si bien los borradores de este trabajo fueron realizados en la década del noventa, solamente con los antecedentes que por entonces pudimos rescatar, fue escrito recién en el año 2005. Con el tiempo fue sufriendo varias modificaciones a medida que conocíamos nuevos datos. El más reciente es el que nos acercó el Dr. Hugo López, mediante una publicación mecanografiada, *“El Museo De Ciencias Naturales B. Rivadavia...En Pantuflas”*. De Juan J. Parodiz y Enrique Balech. Que en la página 65, se habla unos pocos renglones sobre la actuación de M. Von Bülow, en ese museo y que nosotros extractaremos.

En su introducción los autores fijan la fecha en donde ocurrieron los acontecimientos narrados, siendo esta entre 1924 y la década del 50. Y que un día de 1989, se reunieron y decidieron realizar este trabajo de recopilación de anécdotas e historias del Museo Argentino de Ciencias Naturales. No haciendo, en él, ninguna mención a la fecha que la señora von Bulow, trabajó en esa institución. Nosotros especulamos que debió ser en un periodo anterior al que trabajó en el Museo de La Plata.

En el capítulo destinado a los dibujantes, comentan:

“En Malacología la principal dibujante fue, por años, la viuda de un funcionario alemán de rango, la Sra. Von Bulow.

Los von Bulow constituyeron un linaje aristócrata alemán que tuvo la particularidad de dar muchas figuras destacadas de la diplomacia, los negocios de Estado y el arte.

La Sra. Von Bulow era una dibujante exquisita pero estrafalaria, casi grotesca, que venía al museo emperifollada como si fuese a actuar en

una ópera de Wagner. No dibujaba con plumín sino con un pincelito de muy pocas cerdas.

Era extravagante no solo por su atuendo sino también por sus costumbres y su desenfado. En una época en que fumar, por lo menos en público, parecía en Buenos Aires propio de mujeres de vida alegre o de vampiresas de melodramas, ella fumaba mientras dibujaba, parada y con un pie en una silla. ... Una vez Parodiz le llevó unos ejemplares para dibujar y la encontró viviendo con un mono que ocupaba, encadenado, una habitación entera.”

Margarita, en La Plata solo recibía la visita ocasional de su compatriota y de una señora que los vecinos la vincularon a la familia del Cacique Calfulcura.

La alemana loca, como la conocían en el barrio, no tenía buenas relaciones con sus vecinos, en especial con los niños, que contaron, le tenía temor. Ella tenía la costumbre de cortar ramas de los cercos, en una actitud descortés y sin pedir ningún tipo de permiso.

Otros chicos del barrio, en cambio la molestaban, hostigando a sus animales, provocándole constantes enojos.

Al poco tiempo de estar en el museo, se supo cuál sería la tarea de Margarita: dibujar arañas para el Dr. Max Biraben y otros investigadores, lo extraño fue que esas arañas debían estar vivas y sueltas en el lugar, para estudiarlas y observar correctamente su comportamiento. Luego se supo que esas arañas eran las que recogía en hojas de las ramas que cortaba en los cercos, que tanto irritaban a los vecinos.

La nueva ilustradora, no solo pasaba gran parte del día trabajado en su gabinete, sino también muchas noches. Para descansar y alimentarse precariamente, utilizaba un catre y elementos de la cocina de campaña, que los técnicos le facilitaron

de los viejos equipos. Sus dibujos fueron publicados en diversos trabajos, están considerados excelentes y marcaron todo un periodo del dibujante científico.

Juan María Ageitos, estudiante de Bellas Artes, que con catorce años colaboraba con su hermana Zulma y con el Dr. Biraben, nos ha contado que concurría al gabinete de la *Von Bulow*, ya que le gustaba compartir unos minutos con la dibujante, actitud que al parecer, ambos apreciaban.

Desde su ingreso, Margarithhe Von Bülow, tuvo un comportamiento sumamente extraño, para colmo a fin del año siguiente de su ingreso al museo, en Polonia estallaron las primeras hostilidades de la “2da. Guerra Mundial”. Casi en simultáneo ocurre la “Batalla del Río de La Plata”, donde la Alemania de Hitler, aparecía en los grandes titulares de los diarios como potencia agresiva. El poco conocimiento, que por entonces el personal del museo, tenía sobre la situación mundial, le hizo creer, fantasía de por medio, que la extravagante mujer fuese una espía nazi.

Para colmo la *Von Bulow*, periódica y misteriosamente desaparecía un tiempo, sin saberse a donde se dirigía, sumado a que después de finalizar el conflicto mundial, se ausentó rumbo al Paraguay y se creyó que nunca más regresó; dando pie a que la versión de “la espía” se afianzara. Esta versión fue escuchada hasta la década del 70 y desde entonces al desaparecer las personal que la conocieron, nunca más se le prestó atención.

Yo ingrese al museo en 1953, como cadete de intendencia, precisamente bajo la jefatura de don Eduardo Vayo y al año siguiente se me autorizó a realizar tareas de aprendizaje en el

taller de Dibujo e Ilustraciones, cuya jefatura estaba a cargo de Carlos Andrés Tremuilles. Y fue por entonces que escuche casi a diario las historias de la famosa espía Nazi.

Al rescatar, años más tarde, algunas informaciones sobre este hecho, recuperáramos una historia que merece ser comentada, ya que podemos cambiar la idea que de ella se tenía. Margarethe Von Bülow, llega al país desde Alemania, con su marido, por motivos políticos, precisamente por no formar parte del nazismo, y las extrañas desapariciones se debieron, al parecer, a reuniones que periódicamente se realizaban en la Provincia de Misiones para analizar la situación de su patria y tratar de colaborar.

Hoy es muy poco lo que de ella se pudo saber. Solo quedaron los excelentes dibujos, una magnífica obra con la que se la conoció y la leyenda de la espía nazi.

Héctor O. Díaz

Ese recinto mencionado fue utilizado por los arquitectos y dibujantes, cuando a partir de 1924, bajo la dirección de Luis María Torres comenzó la más importante obra de ampliación del museo, trabajos que fueron llevados a cabo por la Dirección de Arquitectura del Ministerio de Obras Públicas de la Nación y que finalizaron en 1930.

Desde entonces ese lugar fue utilizado hasta su retiro en 1934, por Avelino Granzelli, uno de los operarios que pintaron

con estampas las guardas de las salas de arqueología y antropología, para su inauguración.

Mientras tanto Emilio Granzelli, hermano de Avelino, a su retiro como intendente, fue reemplazado, por el ordenanza Eduardo Vayo, ya mencionado.

Por otra parte Rosa, hermana de los Granzelli, alrededor de 1910, conoce y más tarde se casa con el Sr. Carlos H. Tremouilles, vecino del barrio de Diag. 79 esq. 2, que llegó al país como topógrafo de la empresa "Société Franco-Argentine de Travaux Publics", que instaló a partir de 1909 una red ferroviaria que rodea la ciudad y unía el puerto de La Plata con varias localidades del interior de la provincia y llegando al Meridiano V, en el límite con La Provincia de La Pampa.

En 1927 don Hipólito auspiciado por sus cuñados, ingresa como tipógrafo y fotógrafo, en la imprenta del museo. A la muerte de este en 1938, su hijo Carlos A. es incorporado como ordenanza de la biblioteca, pero debido a sus estudios en el Instituto de Bellas Artes y gran dedicación al dibujo y la pintura, fue designado como ilustrador. Este acontecimiento ocurrió en 1945, precisamente cuando la señora Von Bülow abandona definitivamente sus tareas, quedando libre el gabinete de dibujo.

Siendo hoy el gabinete de Dibujo e Ilustraciones, cuya jefatura ejerce Carlos R. Tremouilles.

De la gran cartera de cuero, que portaba cuando llegó al museo, la *Vonbulo* (*nombre con que fue recordada por el*

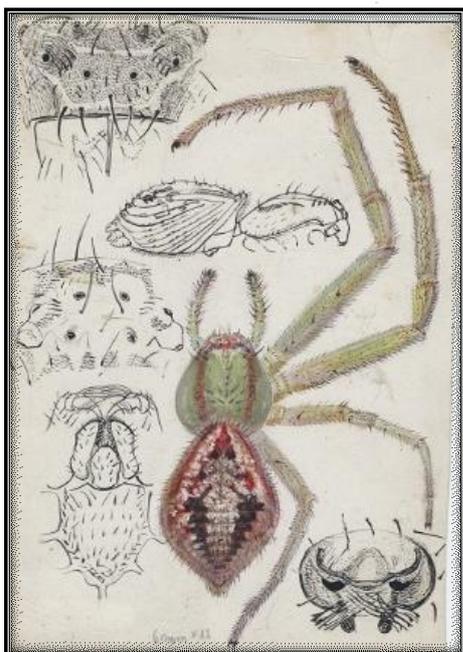
personal) extrajo: Compases, pinceles, acuarelas, papeles especiales, lápices y todo lo necesario para armar un taller de dibujo e ilustraciones, equipos de origen alemán y de gran calidad. Desde el primer día, su vestimenta dejó mucho que desear, nunca más se la vio bien vestida y por sobre la desalineada ropa de calle, que se sacaba parcialmente, se cubría con un largo guardapolvo gris. **De cualquier manera ese día sería la única vez que se la vería vestida con ropa elegante.**

Referencias.

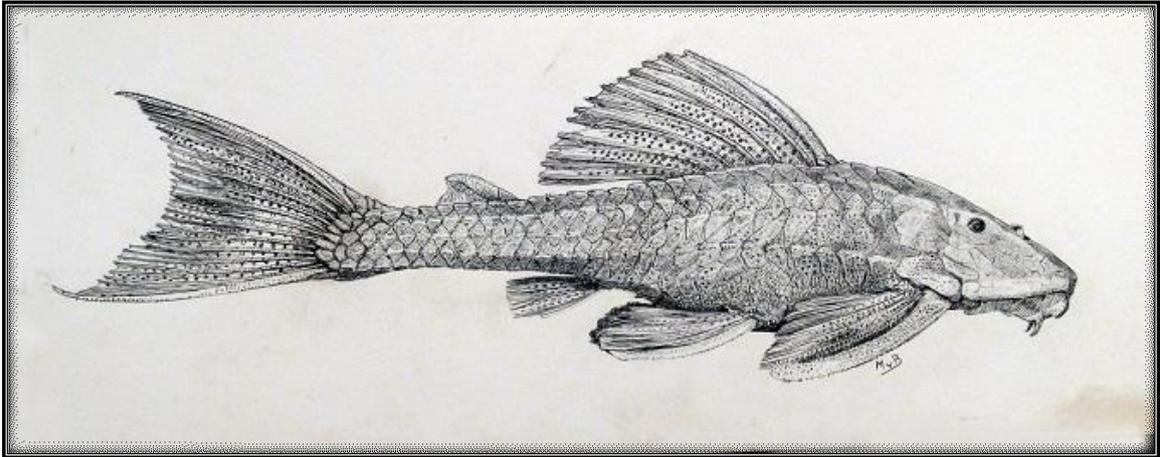
- (1) **Castro, Enrique Felipe.** Nació en La Plata en 1887. Ingreso al Museo el 01/03/1938. Como ayudante a cargo de la portería de la institución. Padre de **Ileana** nacida en La Plata, 1942, ingreso al museo en 1966, en el Iten Administrativo, concluyendo como jefa de personal.
- (2) **Vayo, Eduardo.** Nació en San Nicolás, en 1901. Y en 1924, ingresa como ordenanza, Padre de Emir, nacido en La Plata en 1933, e ingreso en 1948. Y de Néstor, nacido en La Plata en 1933, e ingreso en 1952.
- (3) **Von Bülow, Margarithhe.** (Datos no confirmados) Nacida en Alemania a finales del siglo XIX, e ingreso al museo en 1938.
- (4) **Dr. Frenguelli, Joaquin.** Médico y Paleontólogo. Nació en Roma, Italia. Llego a la Argentina en 1911. Fue director del Museo en dos periodos: 1934-1946 y 1953-1955. Falleció en La Plata en 1958.
- (5) **Tribiño, Arturo** Ingreso al museo en 1935, con el cargo secretario interino. Cargo que tiempo más tarde sería confirmado.
- (6) **López, Ángel.** Cochero de plaza. Padre de Herminio López, que nació en La Plata en 1918. Ingreso al museo como aprendiz en 1936, mediante un pedido que su padre le realizo al Dr. Frenguelli, cuando con su mateo llevaba al director a su casa.

- (7) **Tremouilles, Carlos Ricardo.** Nació en La Plata, Ingreso al museo en 1960. Reemplazándome interinamente cuando fui incorporado para cumplir con el servicio militar.
- (8) **Torres, Luis María.** Nació en Buenos Aires, en 1879, Ingreso al museo en 1905, como encargado de la Sección Arqueología. Fue Director del Museo de La Plata en el periodo 1920-1932.
- (9) **Granzelli, Avelino,** Nació en 1878, e ingreso al museo en 1903, como aprendiz.
- (10) **Granzelli Emilio,** Nació en 1888, e ingreso al museo en 1906, como ordenanza del la dirección.
- (11) **Tremouilles, Hipólito,** Nació en Francia, Entro al país en 1909 y en 1927, Ingreso al museo.
- (12) **Tromuilles, Carlos Andrés,** Hijo de Hipólito y padre de Carlos Ricardo.
- (13) **Virgilio, Leonardo.** Nació en La Plata en 1910, e ingreso al museo en 1927, como técnico de antropología, para más adelante convertirse en el escultor.
- (14) **Schiller, Walther.** Nació en 1881, en Alemania, A poco de llegar al país, ingresa como jefe de la sección Geología y Mineralogía. En 1915 regresa a su patria para incorporarse como voluntario del ejército Imperial Alemán, donde lucho valientemente en varias batallas de la “Gran Guerra”, hasta caer gravemente herido en la mandíbula. Dado de baja como héroe y luego de una larga convalecencia regresa a la Argentina en 1921. Donde rápidamente es incorporado al museo por el Dr. Torres. Se radico en una casona de estilo griego en el diagonal 113, 60 y 61. Siendo desde entonces muy admirado por el personal en aquel momento. Murió trágicamente, luego de varios intentos fallidos, escalando el cerro Aconcagua, entre el 17 y el 20 febrero, de 1944. Al llegar a los 6200 metros, una fuerte tormenta de viento y nieve lo sorprendió; falleciendo al no poder superarla. Su cadáver fue encontrado al año siguiente y traslado a La Plata para su inhumación. En el grupo que recupero su cuerpo se encontraba el joven estudiante Rosendo Pascual, oriundo de la provincia de Mendoza. Hoy Pascual es un reconocido paleontólogo y ex jefe de la División de Paleontología.

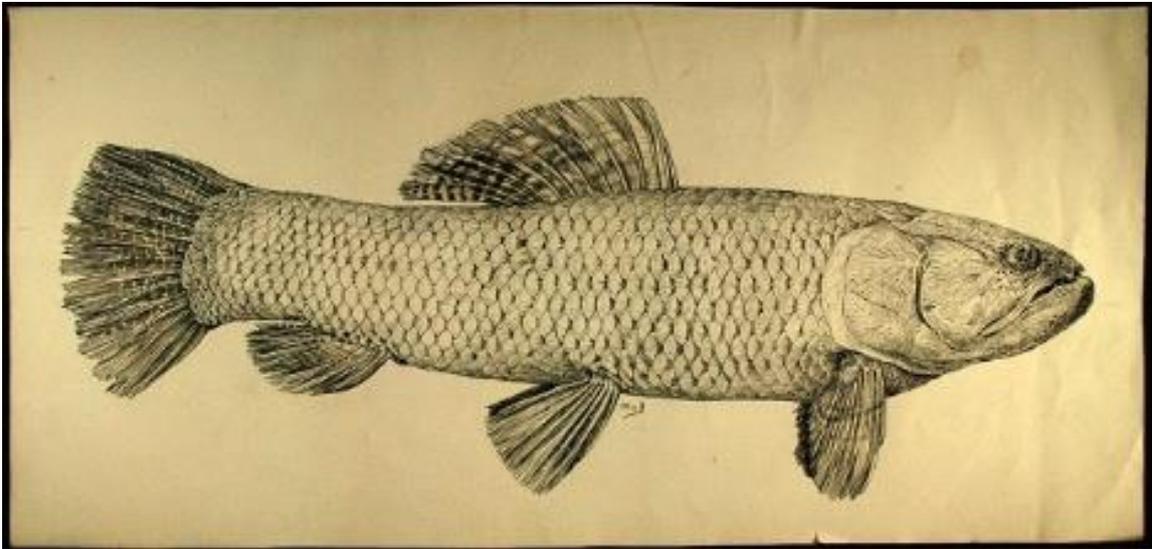
- (15) **Rosatto, Vilma Gabriela.** Nacida en La Plata en 1965, Egresada e investigadora de la F,de C. N. y Museo,
- (16) **Molina, Omar José.** Nació en La Plata 1937, e ingreso al museo como aprendiz en 1952.
- (17) **Biraben, Max.** Ingreso al museo en el año 1914, como ayudante de sección.
- (18) **Ageitos, Juan María.** Nacido en San Antonio de Areco en 1927, ingreso al museo en 1948. Aunque estuvo en un cargo sin remuneración desde los catorce años.
- (19) **Echavarría, Ernesto.** Nació en La Plata, en 1908, y en 1924 ingresa al museo como aprendiz.
- (20) **Becerra, Jorge.** Nació en La Plata en 1916, e ingresó al museo como aprendiz en 1929.
- (21) **Díaz, Héctor.** Nació en La Plata, en 1939, e ingresó al museo como cadete en 1953, recomendado por su tío, Eduardo Díaz. Contador del museo, que nació en La Plata en 1922, ingreso al museo en 1948.



Dibujos de arácnidos por Margarethe von Bülow



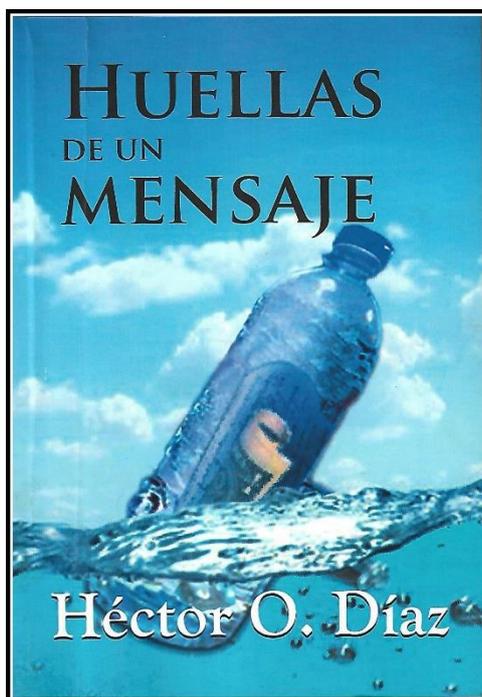
Hypostomus commersoni, dibujo por Margarethe von Bülow



Hoplias malabaricus, dibujo por Margarethe von Bülow

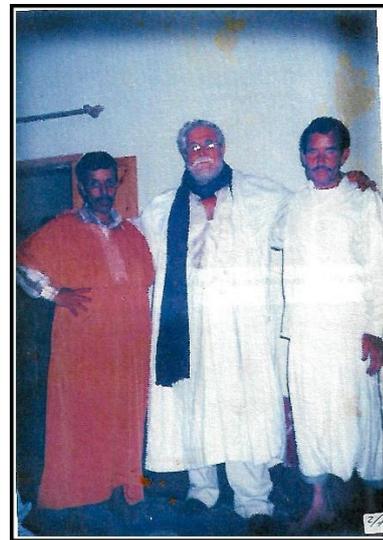
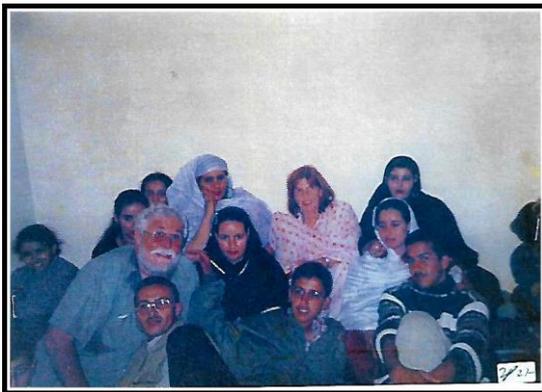
HUELLAS DE UN MENSAJE

Es el 30 de enero de 2016. Golpean en la puerta de la oficina de uno de nosotros (EPT), en el subsuelo del Museo de La Plata. Es Héctor Díaz quien, en esos días de escasa actividad, viene a visitarme y compartir una charla. Pero la ocasión es especial: en este caso concurre además para obsequiarme su libro *Huellas de un mensaje*. Y por cierto que no pierde la oportunidad para hacerme una síntesis de su contenido que, como bien dice en *Palabras preliminares* “Siempre creímos que los viajes insólitos, los sucesos inexplicables, o algunos extraños relatos eran hechos vinculados más a la literatura, que a la realidad... Si no fuese por los documentos, notas periodísticas, álbumes con fotos, videos, cartas y regalos recibidos, estaría dudando de su misma existencia, o tal vez hubiese pensado que estos hechos le habrían ocurrido a otros”. Y sin dudas, los eventos relatados son verdaderamente insólitos. Todo comenzó con un viaje de Héctor y su esposa Estela para concurrir al casamiento de un familiar en Génova.



Luego de varios días de navegación, el crucero en que se encontraban se dirigía hacia Funchal, la capital de la isla de Madeira, Portugal. A Héctor se le ocurrió la idea de escribir una carta y colocarla en una botella para arrojarla al mar. Y así fue. En una nota publicada en el diario *El Día* de La Plata, el 30 de septiembre de 1999, Héctor explica: “Era el 10 de mayo y frente al mar recordé que había

escuchado en un programa de radio que mucha gente lo había hecho [arrojar al mar una botella con un mensaje] sin haber encontrado nunca respuestas. En ese momento tampoco pensé que yo la obtendría, pero igual me puse a garabatear unos borradores, hasta que puse algo así como que el que encontrara el mensaje le mandara saludos a mis hijos y a mi nieto a la ciudad de La Plata, en la República Argentina, con la dirección de mi casa... El viaje continuó lo más bien -relató Díaz- al día siguiente llegamos a Funchal, después ingresamos a Gibraltar, hicimos una escala en Barcelona y finalmente arribamos a Génova. Asistimos al casamiento de nuestros familiares... y finalmente regresamos en avión desde el aeropuerto de Fiumicino a Ezeiza. El 21 de junio ya estábamos



A la izquierda, Héctor y su esposa con la familia de Fátima. A la derecha Héctor con Tayid y Ali
(imágenes del libro *Huellas de un mensaje*)

en La Plata". El 30 de junio de 1999, el matrimonio Díaz recibió una carta fechada en Tarfalla, Marruecos, el 11 de junio, un mes después de que la botella fuera arrojada al mar. La carta decía: "Hola, queridos, estimados amigos. Es la primera vez que escribo esta correspondencia hacia el continente americano, el cual está muy lejos del continente africano. Mando todos mis saludos a los señores Alejandro, Federico, Gabriela y Alejandrino. Vuestro mensaje fue encontrado en un lugar llamado Ajnefis, que está a unos 45 kilómetros de Tarfalla, a las 10 horas de la mañana. Se despide con un saludo muy fuerte, de vuestro amigo Ali Saidar. Muchas gracias amigos, y espero vuestra respuesta".

El intercambio de correspondencia entre ambas familias culminó con una invitación de Alí para asistir en Tarfalla a su casamiento con Fátima. Al año siguiente, allí fueron Héctor y su esposa.

En las 149 páginas del libro que comentamos, Héctor Díaz realiza un excelente y entretenido relato de los acontecimientos vividos. Fue su última obra editada.



En la frontera paraguayo-argentina, 1992. De izquierda a derecha, un tripulante, Carlos Colombier, Hugo L. López y Héctor Díaz, al regreso de un viaje vía fluvial que partió de Escobar (Argentina), con escalas en Corumbá (Brasil) y Asunción (Paraguay)

Esta publicación debe citarse:

Tonni, E.P. y López, H.L., 2022. Héctor Oscar Díaz. Un técnico polifacético del Museo de La Plata y sus relatos. ProBiota, FCNyM-UNLP, La Plata, Argentina. Serie Documentos n° 58, 41 pp. ISSN 1515-9329

ProBiota

(Programa para el estudio y uso sustentable de la biota austral)

Museo de La Plata

Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP

Paseo del Bosque s/n°, B1900FWA La Plata, Argentina

Directores

Dr. Hugo L. López

hlopez@fcnym.unlp.edu.ar

Dr. Jorge V. Crisci

crisci@fcnym.unlp.edu.ar

<http://sedici.unlp.edu.ar/>

Indizada en la base de datos ASFA C.S.A.